



EL GUARDIÁN DE LAS ENCRUCIJADAS

Afelnie

*Para quienes cuidasteis a vuestros
guardianes hasta el final.
Para quienes adoptáis, acogéis y protegéis, hacien-
do el mundo mejor para tantos bichillos.*



EL GUARDIÁN DE LAS ENCRUCIJADAS

Hay gente que se va al campo diciendo que busca el silencio, pero el silencio no existe en la naturaleza. Es cierto que son sonidos distintos a lo que entendemos por ruido, y en aquel cruce de caminos no se escuchaban los coches, los frenazos, las obras y los gritos de las ciudades, sino las salpicaduras del agua de un río cercano, un incansable cuco, el aire agitando las hojas que quedaban en los altos chopos, cigarras celebrando la llegada del otoño y unas pisadas.

Chop, chop, chop, chop. Las patas iban dejando huellas en el barro, en la orilla enfangada del riachuelo. Chop, chop, chop, chop. No parecían tener ninguna prisa y ni siquiera llevaban un ritmo fijo. El guardián caminaba unos pasos y olía el almizcle de la tierra. Avanzaba otros cuantos y levantaba la cabeza y el hocico para ventear y sentir muy dentro de él el profundo olor de un jabalí que había pasado por ahí y el suave aroma de unas flores a las que les quedaba poca vida según se iba acercando el invierno. Olía su propio pelaje mojado por días y noches a la intemperie, aunque también era cierto que siempre que podía se metía en los ríos. Le encantaba la sensación del agua helada en sus patas desgastadas de andar. La ligereza de flotar y dejarse llevar. Aquel arroyo no daba para tanto y el agua no le llegaba ni a las rodillas, así que lo cruzó sin detenerse.

El perro avanzaba lento, errante, pero seguro. Ya no le temblaban las piernas como había sucedido tiempo atrás, cuando le había dolido tanto la cadera que hasta casi no podía moverse.

Se sacudió el agua, agitando todo su cuerpo ordenadamente de la cabeza a los pies y caminó un poco más.

Llegó al cruce.

Se sentó.

Y se quedó el resto de la tarde allí.

Estuvo oliendo todas las noticias y las sorpresas que le traía el viento, aunque nunca eran las que buscaba. Miraba los montes de alrededor mientras atardecía y las sombras se iban alargando. Las temperaturas iban cayendo y el cielo teñía las nubes de colores rosas y naranjas. El guardián simplemente observaba. De vez en cuando algún insecto llamaba su atención y lo seguía con la mirada, pero ya no los perseguía como había hecho siendo cachorro. De cachorro... cuando estaba con su familia. Cuando le llevaban de excursión y salía dando saltos de alegría del coche por el portón trasero. Cuando se lanzaba contra sus hermanos humanos y sus patotas torpes se liaban acabando con él en el suelo y todos riendo.

En los pueblos de la sierra a veces hablaban de él. De sus largos paseos, de que aparecía y desaparecía por cualquier parte. Pero siempre todas las historias tenían algo en común. Todas las personas en un momento u otro acababan viendo un gran perro, de colores oscuros y sucios, sentado en un cruce, con la cola enroscada reposando en el suelo alrededor de sus patas, mirando alrededor, olfateando el viento. Muchas veces este perro los miraba, pero enseguida dejaba de prestarles atención y seguía vigilando. Así acabó recibiendo el nombre por el que le conocían en la región.

El guardián de las encrucijadas.



—El precio de operarle la cadera sería de —La veterinaria hizo una breve pausa mirando a la pantalla— dos mil seiscientos euros. Por pata. En el caso de Akuma sería una operación bilateral, por lo que el precio ascendería a cinco mil doscientos euros, pero podríamos dejároslo en cinco mil cien.

—No... no tenemos ese dinero, ni siquiera estamos llegando a pagar el alquiler. —Carmen se había puesto blanca y había empezado a marearse. No podía manejar también eso. Solo le quedaba un mes de paro y a su edad le estaba resultando imposible encontrar nada. Ya no tenían ahorros. David se dio cuenta de su hilo de pensamientos y cogió la mano de su madre. Estaba helada—. ¿No hay nada que se pueda hacer? ¿Con medicinas?

—Los antiinflamatorios que toma ya apenas consiguen que pueda caminar, probablemente tenga mucho dolor continuamente y quizás infección. —Todas miraron al perro, que jadeaba tumbado en una esquina y los miraba sin entender nada.

Carmen y David cerraron la puerta al salir de la consulta, Akuma cojeaba a su lado siguiéndoles con dificultad, pero sin alejarse en aquel gran hospital. Llegaron a la sala de espera donde se había quedado la pequeña Sonia.

—¿Ya está? ¿Se va a poner bien? —La niña se arrojó al cuello del perro, que la recibió a lametones.

—Akuma está muy malito... —comenzó a decirle su madre poniéndose en cuclillas junto a ella.



David conducía a toda velocidad llorando. En la protectora donde habían adoptado a Akuma varios años atrás le dijeron que no podían hacerse cargo, no se podían devolver los perros. «Tenemos miles de euros en deudas con veterinarios, pagamos el alimento de los animales acogidos con la ayuda de las socias y de nuestro bolsillo, pero no podemos hacernos cargo de los animales de vuelta y menos para pagar una operación así. Lo sentimos muchísimo, podemos darte algún contacto en un banco...». Pero David no les había dejado terminar y había salido dando un portazo. Ya sabía la respuesta de los bancos, la misma una y otra vez.

Había salido de casa sin que nadie le viese y Akuma le había seguido alegremente al coche. En otra época habría subido al maletero de un salto, pero esta vez apenas había podido apoyarse con las patas delanteras en el parachoques trasero mientras giraba la cabeza para mirar a David. Este cargó con el culo del perrillo ayudándole a subir. Le seguía llamando perrillo, aunque pesaba cuarenta y cinco kilos y tenía cinco años. Seguía siendo el cachorro de la familia.

Su madre ya lidiaba con suficientes problemas. Él se iba a encargar de este. Miró por el retrovisor y vio la cabeza de Akuma asomada por la ventana, mirando con la lengua fuera cada pájaro y cada coche con los que se cruzaba. Gemía con cada bache y bostezaba con frecuencia, señal de que estaba muy incómodo, probablemente le estuviese doliendo mucho.

Tras desviarse en su camino de vuelta de la protectora a casa, llegó a un cruce, lejos de las carreteras principales. No detuvo el motor, se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta trasera. Akuma bajó moviendo la cola y mirando a su hermano humano.

Y ahora... ¿qué? David seguía llorando. No podían sacrificarlo como les habían insinuado. No podían hacerse cargo de él. No podían devolverlo a la

protectora. Si le llevaba a una perrera le asesinarían. Quizás tuviese alguna oportunidad libre, pensó el joven siendo consciente de que se autoengañaba para no darle vueltas a lo que estaba haciendo. Abrazó al perro con fuerza y sin mirar atrás se dio la vuelta y volvió a montarse. Akuma le siguió cojeando y la puerta se cerró justo delante de su morro sobresaltándole. Por la ventanilla bajada David le dio la orden de «espera» que tan bien conocía y aceleró para salir de allí tan rápido como pudo. No consiguió evitarlo y miró por el retrovisor, viendo cómo su cachorro, leal y obediente, se había quedado sentado.

Akuma esperaba y miraba atentamente, ladeando la cabeza, cómo se alejaba el coche. Al rato se tuvo que tumbar por el dolor. Aun así, durante mucho tiempo no quitó ojo del punto en el que lo había perdido de vista, para ver cuándo volvía a por él.

Pasó una hora. El suelo era duro y tuvo que cambiar varias veces de posición por el dolor. Se tumbó del todo apoyando el hocico sobre sus patas delanteras, con la vista puesta en la línea del horizonte.

Pasaron tres horas más. Ya no quedaba ni rastro del efecto de los antiinflamatorios y el dolor era constante.

De repente, se escuchó un motor. Inmediatamente, Akuma levantó la cabeza, abrió mucho los ojos y las orejas se dirigieron al origen del sonido. Un coche se movía por un camino no muy lejano, en la ladera del monte que bajaba hasta el llano en el que se encontraba él. Miró con atención, pero no lo veía entre los árboles, solo podía oír el sonido del vehículo avanzando.

Empezaba a anochecer y, cuando localizó el movimiento de las luces del coche, Akuma se levantó, se agitó ligeramente para desentumecer las patas anquilosadas y comenzó a cojear en dirección a la luz. El perro se movía como podía, pero las luces se acercaban a toda velocidad, hasta que las tuvo prácticamente encima. Pasaron de largo justo a su lado, esquivándole por poco sin frenar. Akuma ladró intentando llamar la atención y también bastante asustado, pero los dos puntos rojos en los que se había convertido el todoterreno se volvieron a perder a lo lejos. Anocheció del todo.

Desorientado y asustado, caminó buscando un sitio donde guarecerse. Estaba agotado, dolorido y arrastraba las patas traseras al andar. Encontró un suelo cubierto de hojas, junto a un viejo roble seco, dio dos vueltas sobre sí mismo para acomodarse y se tumbó. Ya no podía más. Recogió las patas y la cola, suspiró y cerró los ojos.

Cuando despertó, el dolor se había ido. La pesadez se había ido. Se levantó dejando a sus espaldas su cuerpo dormido, que ya no volvió a moverse. Y comenzó a caminar. Encontró un sendero y lo siguió. Todo parecía distinto a sus sentidos, los olores, la brisa sobre su pelaje, el suelo bajo sus patas. Nunca había sentido nada como lo estaba percibiendo en ese momento, y poco a poco pasó de caminar a trotar, y de trotar a correr. Ladró, ladró y aulló mientras corría. No recordaba la última vez que había podido correr así, y sintió el aire en su cara y el suelo a toda velocidad bajo las almohadillas de sus patas. Se fue calmando poco a poco y miró alrededor jadeando. Había subido a lo alto de una montaña en su carrera y veía un gran valle debajo de él. Era el momento de bajar y buscar, y ya más tranquilo así lo hizo.

Llegó a un cruce y se sentó. Se parecía mucho al lugar en el que le había dejado su hermano humano, pero no era el mismo. No era el cruce al que volvieron ese día David, arrepentido, y su madre Carmen a buscarle sin conseguir encontrarle nunca. No, ese cruce no olía igual, no tenía los mismos arbustos, no habían pasado los mismos animales por allí. Se levantó y reemprendió su camino con la esperanza de encontrar algún día a su familia.

Pasó días buscando. Luego estaciones. Y después años, tantos que nadie habría podido contarlos. Empezó a ser conocido en la comarca, y muchas lugareñas hablaban de él. De sus largos paseos, de que aparecía y desaparecía por cualquier parte. Unas decían que parecía un mastín, otras hablaban de un pastor. Pero siempre todas las historias tenían algo en común. Todas las personas en un momento u otro acababan viendo un gran perro, de colores oscuros y sucios, sentado en un cruce, con la cola enroscada reposando en el suelo alrededor de sus patas, mirando alrededor, olfateando el viento. Muchas veces este perro los miraba, pero enseguida dejaba de prestarles atención y seguía vigilando, porque no era a ellas a quienes esperaba. Así acabó recibiendo el nombre por el que le conocían en la región.

El guardián de las encrucijadas.